

JUAN BARJOLA. SU MUNDO, SU TESTIMONIO

Luís Rubio Gil

El mundo que rodeaba al artista era algo tan cruel y hórrido que no podía aceptarlo. Barjola va a contar ese mundo con tristeza y con piedad. Es la peculiaridad de su expresionismo. No desprecia lo que ve, no lo caricaturiza para demostrar que está por encima de seres y cosas, lo llora con desconsuelo al ver que la imagen real no está concorde con la imagen ideal. Frente al expresionismo centroeuropeo construye rigurosamente en vez de dispersar en llamaradas aceitosas. Su paleta, que fue ampliándose con el paso del tiempo, tuvo su registro más grave en los grises de plomo y el más aguado en los rosas, azules, amarillos. Siempre se mantuvo fiel a sus raíces y exigencias internas, a base de voluntarias depuraciones en su arte para mostrarnos su mundo atormentado, mundo de introversión contemplativa lacerado y lacerante, herido e hiriente que va proyectando ante la gran pantalla de sus lienzos para enfrentarnos a un cuadro-confesión. Pintor de garra extraordinaria, Barjola no cedió nunca ni un solo punto de su dolorosa estética. Reveló la fuerza de su idioma plástico y sobre todo la sinceridad de su mensaje personal transmitido por la creación pictórica.

En su pintura se evidencia una denuncia de la guerra y la sangre, de la miseria y lo despiadado, del hambre y de la desolación. Muestra un punto inquietante donde la pintura deja de ser ese espacio lleno de color y en el que se nos muestran imágenes que se convierten en acta notarial de un pintor que nos enfrenta con la realidad. Barjola fue un pintor con autoridad que se explica por la garra con que prende en nosotros con su temblor.

Sus cuadros de gran tamaño y mayor densidad de contenido resumen muchas meditaciones y fustigaciones, continuas fustigaciones, certeras espuelas que espolean la sensibilidad para permanecer alerta y evitar la conformidad y la satisfacción.

El pintor se repliega en si mismo y allí en su verdadero “yo vivencial” encuentra también su mundo.

Hay también en el conjunto de su obra un simbolismo demoledor y unos temas intencionadísimos, desagradables y deformados, servidos y apoyados por una técnica expresiva prodigiosa. Colores sucios, o luminosos, violentos en grandes superficies rojas, verdinegras, violetas en fondos de sobrecogedora soledad para las figuras de las gentes marginadas, arrastradas, discontinuas, contribuyen a dar esa sensación de abandono y



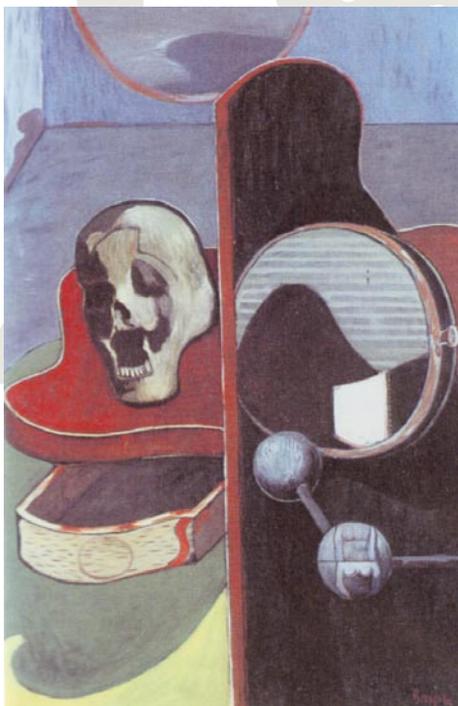
La madre del artista. “A ella se lo debo todo”, S.F.

patetismo en la que se descubre de vez en cuando un trozo de poesía, una tonalidad suave y humanísima que dulcifica y da vida a la composición.

Como escribió Antonio Manuel Campoy: “Uno de sus grandes temas es el drama del hombre acosado por fuerzas inmisericordes”. Pero como la realidad es bifronte también en Barjola hay amaneceres de ternura y amor como contrapunto de bondad en mitad de las furias desatadas en la prisión o en el caso taurino. Mundo palpitante y patético en el que como afirma J.R. Alfaro: “Ha sabido imponer un expresionismo entre el gesto y la geometría”.

La fuerza colosal que tiene la pintura de Barjola reside en la forma en que descuartiza la realidad en zonas muy definidas de color y con ellas reconstruye “lo real”, “acogiendo” lo esencial de cada forma. No podemos quedarnos en la mirada superficial a este mundo barjoliano de míseras criaturas, de sangrantes tauromaquias, de brutales retratos, sin concienciarnos que el “pathos” impresionante del pintor no radica en el tema doliente que hemos visto, sino en su doliente modo de sentirlo con una seriedad, con una gravedad y una solvencia pictórica de pintor extraordinario. Es la suya una patética seca, enjuta. No se solaza en el tema cruel, dice limpiamente el dolor que ha visto, la condición humana que ha impresionado su sensibilidad de pintor. Su dolor y su amor son enteros.

Barjola consiguió reducir a esquemas, pasiones, terrores, angustias y alucinaciones con trasfondo onírico, provocando por medio de las formas y el color emociones llenas de seducción o violencia. Sus personajes viven en un mundo rodeado de angustias y obsesiones, víctimas de todos los temores de la sociedad en la que viven, o de ellos mismos. Lo brutal y lo amable se mezclan en un juego psicológico como fondo y verdad de la condición humana.



Calavera, 1965

Elena Flórez escribió ya en 1972: “Si cada sociedad tiene un pintor, la sociedad española actual ha encontrado su respuesta en la obra de Juan Barjola”.

Contemplamos a Barjola –su obra- y una sobrecarga emocional, vivísima excede el mensaje del pintor y nos hace recapacitar para que más que testimonio o denuncia, hay, en el trasunto de su obra una nostalgia irreprimible de la belleza o mejor, de la justicia, incluso por encima del sarcasmo y la tragedia. Comprendemos que la trama es más honda y adquiere significado. No es un sermón moral, es un abocamiento a una auscultación sincera. Impide la contemplación indiferente, nos empuja a definirnos a tomar partido y en el redoble de la emoción nos aflige y aumenta la capacidad de comprensión y arrepentimiento.

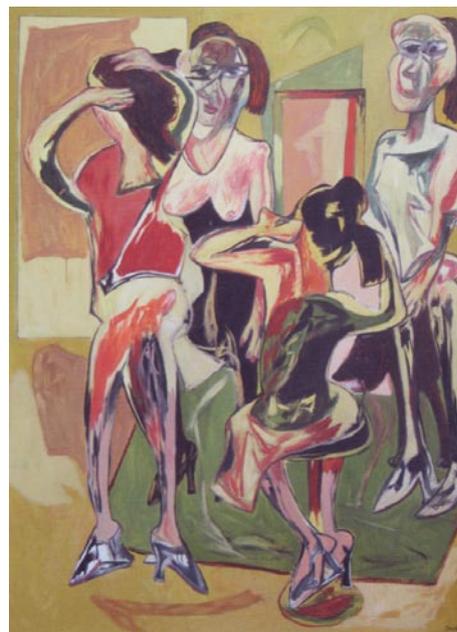
Barjola por un lado sobrecoge y por otro nos atrae por su fulgor lacerante, humanísticamente cruel, dolorido sentir de las cosas que son parte y no pequeña de nuestros propios pensamientos vitales. Sobre el armazón de su obra, José de Castro Arines ha escrito: “Su obra está construida pictóricamente, arquitectónicamente, estructurada, asentada, equilibrada, musicalizada, poetizada”. A través de esta estructuración Barjola capta el lado de la realidad más vulnerable y despiadado, su tristeza y su amargura, su indigencia. La humanidad como un ser vivo minusválido, un perro esquilmado, una cabra famélica, un toro acosado, un caballo sufriente.

Lejos de ocultar el abandono, la angustia del hombre, lo saca a la luz y lo pone de relieve y lo manifiesta en su pintura estremecida, y de esta introspección la vida misma queda reflejada en sus lienzos en toda su conmiseración humana y surgen de sus pinceles, la distorsión trágica de sus figuras a las que sin embargo dota de un hálito onírico de maravillosidad.

Es la pintura de Barjola una pintura viril, auténtica, con una fuerte fortaleza en la dicción a la que se une el empuje de un estremecedor testimonio. Aparentemente sencilla está llena de complejidad interior y tiene que ser así necesariamente porque su obra quiere reflejar la tragedia de una deshumanización universal.

Para su logro le acompaña el rigor en el dibujo que mide el gesto y los contornos y su distribución en el espacio geométrico, con precisión insuperable. Rigor que se hace extensivo al colorido de su paleta, matices cálidos cuyo fulgir huye a veces hacia la frialdad, que es también vida. En el escenario del lienzo sólo ha quedado el espacio vacío con los objetos de la tragedia.

La pintura de Barjola tiene incluido a su peculiar pictórico, un estilo psicológico, y esto nos lo sugiere por la coherencia interna evidente entre el pintor y su obra. Nos dice que nuestra sociedad no le gusta y adopta una postura ética consecuente con su pensamiento y manera de ser. Algunas de sus formas humanas y animales están en el cruce de caminos entre Velázquez y Picasso. Hay muchas huellas del mal hecho, violencia filtrada en la hinchazón de los personajes. Terror desplegado sobre el mundo. Es la protesta de Barjola que vocifera con colores y en soledad. Barjola es un espíritu poroso en el que la vida que le rodea, que le apasiona y le oprime se hace carne de su carne y expresa en formas agresivas pero frecuentemente veladas por una ternura temblorosa, una poética distorsión que desfigura a los protagonistas y los encuadra en un aura de misterio, de terror contenido, de miedo cerrado.



Camerino, 1996

Miguel Fernández-Braso ha escrito: “Barjola se pone en trance, ante el caballete, de cambiar en imágenes sus torturas de pensamiento. Se transmuta y le brotan del pincel las turbias aguas subterráneas que inundan su imaginación, que le imponen una pintura sin condiciones, a veces truculenta [...] Sus imágenes monstruosas y dolientes poseen siempre la fuerza del contenido, de lo que no se queda en lo meramente decorativo, de lo que no se conforma con el esteticismo”.

José Hierro analizando la obra de Barjola afirmaba: “Una de sus virtudes es hacernos creer que todo en sus cuadros es casual, improvisado. Nos oculta la sabia arquitectura de que permite al cuadro existir sin que se venga abajo.

Barjola se manifiesta como uno de los artistas más refinados y sólidos. No se puede ser trasgresor de la belleza si no se tiene una idea bien clara de ella. Por eso su obra está presidida por la belleza, aunque sea su reverso. Constituye un testimonio histórico de primer grado aunque parezca que sólo quiso ser pintura. Barjola inquietante y atractivo creador de horrores”.

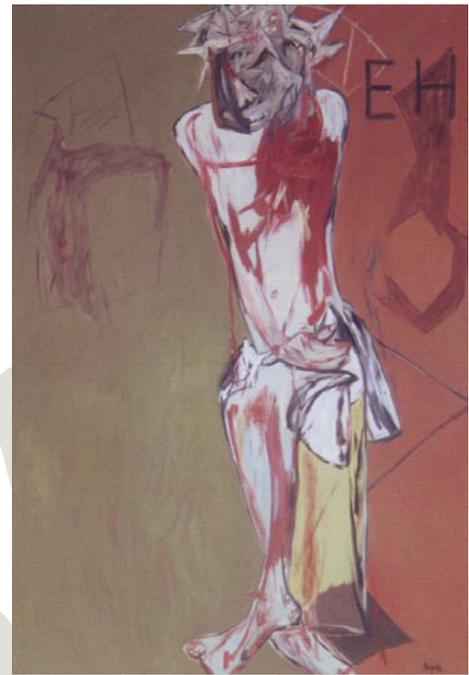
Por su parte Antonio Gamoneda escribía: “Color directo en su imposición, plano, incluso ciega, abrasa, conmociona, en un sentido que yo me atrevería a calificar de vitalista. Es una fiesta visual. En la confluencia de tensiones consiste la indescriptible eficacia pictórica y poética de Barjola”. Por todo ello –tema y tratamiento- las creaciones barjolianas a pesar de su fuerte realismo no parecen pertenecer a este mundo, son seres que creemos viven fuera de nuestra frontera racional. Su mundo dramático y angustioso se nos hace duramente soportable. Mundo de provocación y extremosidad que ha sido llevado por Barjola a un alto grado de esteticismo plástico. Sabe el pintor que nuestra época pertenece a una humanidad deshumanizada, frustrada y explotada. El universo existencialista ha encontrado su plástica en la obra de Barjola. Su pintura siempre rebosa contenido. Ninguna concesión a la galería, ni una sola gota de agua compasiva que adultere la trágica realidad. Barjola ha constituido una actitud en el campo de la pintura actual. Tiene sabiduría, emoción, imaginación y ética, reflejo de su propia personalidad.

Barjola declaró a J.M. Plaza: “En mis obras trato de la realidad pero con una estética creada, no recreada, una visión nueva pero siempre con alusiones a lo que yo he visto. Yo he vivido, por ejemplo en una zona de suburbios”. Su instinto le lleva a aislar lo que es esencial en cada terna, por ello nos produce esa sensación de ascesis, de sobriedad que nos invade la contemplación de sus pinturas. Una línea, un matiz de color reconstruyen con más eficacia el mensaje interior que desvela el lienzo. Miguel Logroño lo ha definido: “Barjola, la ética calidad de un espacio que sensibiliza la forma desde su fondo”. Pintura ascética, comprometida, depurada, de rabiosa distorsión, intensificada por una exigente estética –en la forma- que expresa la denuncia social, las obsesiones oníricas y el mundo vivencial del pintor.

Subrayamos el sello vigorosamente personal de Barjola embebido en su propia potencia expresiva. Hablando con Ángeles García declaraba: “Lo que yo soy está ahí en mis



cuadros, no puedo decir nada que ayude a explicar lo que yo hago”, mas las claves de su pintura están tanto en el color, en las líneas que delimitan los planos coloreados, en las líneas figura-fondo y en el sentido testimonial de su obra. Arte desarrollado por una vía personalísima y de coherente rigor dentro de una figuración expresionista. Pinta la vida y las formas que se engendran en su cerebro y después son deformadas en un proceso plástico que las retuerce para agotar sus posibilidades agónicas de la expresión. “Fue Barjola un autor inconformista, crítico, ácido y que ha sido capaz de expresar con la mayor solvencia, tesón y energía, las miserias y lacras de nuestro país en los albores de la modernización”, así se expresó Julia Barroso en su conferencia sobre “La obra de Barjola en los contextos contemporáneos”.



Cristo “Ecce Homo”, S.F.

Pintor trasgresor, nos advierte que en nuestro entorno existen el desconsuelo y el desamparo, la ruina, el caos, la ruina, el sufrimiento, la impostura y la turbia hipocresía. Una de las aportaciones más importantes de Juan Barjola ha sido lograr con un número reducido de temas identificables una de las expresiones más profundas del drama humano a través de unas imágenes cuyo origen último se halla siempre anclado en la realidad. Elimina la descripción y acentúa la expresión. Su obra se debate entre “Eros” y “Thanatos”.

Barjola siempre se encontró cómodo con su denominación –por la crítica- como “expresionista”, pues entendió esa forma de ser pintor como aquel que se caracteriza por la búsqueda de lo interno en el motivo, estrujándolo hasta violentar el objeto y su mirada a lacerante problemática humana. Y eso es lo que hacía. Testimonio artístico de hoy para problemas de hoy en el que se pueden rastrear influencias, sabiamente asimiladas y personalizadas de lo tremendo, que no tremendismo, y de las series negras, dos constantes en la historia de la pintura.

Diversos críticos han apuntado las posibles influencias en la pintura de Barjola, de su expresionismo. Junto a Velázquez y el Bosco se ha hablado del Greco como el pintor expresionista de la historia más reciente del arte y se considera que el Goya de “Los Caprichos”, “Los desastres de la guerra” y las “Pinturas Negras” introdujo, como un hecho indudable un fuerte expresionismo. Es más Goya dio un giro radical a la pintura al cambiar el concepto de “ver” por el de “sentir”. Y ahí está el expresionismo en su esencia.

Julián Gallego encuentra raro que Barjola no haya tenido contacto con la “Escuela de Vallecas” de la que habían salido expresionistas como Benjamín Palencia, Álvaro Delgado, San José, etc. Sí que cree que a través de sus contactos personales y sus viajes conoció

al Grupo del Puente, “Die Brücke”, fundado en 1904 y que siguió perviviendo por medio de grabados y láminas que divulgaron la obra de Emil Ludwig Kirchner, Emil Nolde, etc., los cuales encuentran “esta especie de cosa de miseria ciudadana” que es tan típica de Barjola. Pero el dramatismo de su obra enlaza con José Gutiérrez Solana.

Añade el ilustre profesor un elenco de posibles influencias: del holandés Willem de Kooning, de los impresionistas ingleses como Graham Sutherland o norteamericanos como Ben Shahn.

Julia Barroso destaca las posibles fuentes de referencia citando entre otras: Arshile Gorka, el propio Picasso, y en la temática a Antonio Saura, Roberto Matta, Ensor que le produjo gran impresión, etc. Tanto Gállego como Barroso citan a Bacon como una posible influencia en la pintura de Barjola. Esta alusión al parecer molestaba sobremanera al maestro, que quiso zanjar la cuestión al ser preguntado por J.M. Plaza: “Existen entre nosotros pensamientos paralelos, pero hay diferencias; mi pintura no es tan gestual, los movimientos no son los mismos y yo no soy tan morbosos como Bacon” (1987).

Mi dicción es completamente distinta a la de Bacon, puesto que la mía es plana y no gestual, aunque también sea en ciertos momentos. Si hubo paralelismo en la composición creo que hoy no tiene nada que ver. Los espacios existían en mi obra desde hace mucho tiempo y el color de mis cuadros es propio del español. Lo sustancial biológico que hay o que puede haber en mi pintura es también español y entronca con nuestro Siglo de Oro de la pintura con Velázquez, con Goya” (A: Miguel Fernández Braso, 1980). Ambos estudiosos dan las razones de esa contextualización, más que decidida influencia, más que decidida influencia de los citados artistas. Ya antes, Joaquín de la Puente había señalado igualmente cómo en el origen de su arte están Velázquez que le enseña la valoración del espacio y Goya que le regalaba la expresión de la vida. El Bosco le deparaba un mundo surrealista y el Greco le enseñaba lo que es la expansiva explosión del color. Pero además el gran estudioso del arte español señala la pintura de José Gutiérrez Solana como el eslabón Goya con el propio Barjola.

“Barjola era eso que se esperaba después de Solana. Porque no se podía interrumpir así como así la línea de dramatismo del arte español. Porque había y hay que darle la razón a Unamuno en lo del sentimiento trágico de la existencia. Porque ha de seguirnos doliendo la hombría de carne y hueso”. Aunque Barjola no se cree continuador de su obra, sí que admite la coincidencia de ambos en una circunstancia y una dicción incuestionablemente españolas. Es frecuente reconocer el entroncamiento de Barjola con la “veta brava española” y así Fernando Huici señalaba recientemente como el “desesperanzado universo barjoliano



La espera, S.F.

se inscribe en la tradición mejor y más propia del bronco naturalismo español y, del límite de esa estirpe, extrae en idéntica medida su singular dicción...” y en el año 2001 Carlos Catalán reconocía en la prolífica obra de Barjola la influencia del mundo surrealista del Bosco, el tratamiento especial de Velázquez y las pinturas negras de Goya.

Marín-Medina subrayó los intereses de Barjola por la pintura moderna y su relación con el cubismo sintético, el expresionismo nórdico y “fauve” de Ensor, Soutine, Rouault, el expresionismo surrealista de Masson y Miró o la tensión enervante de Pollock concluyendo: “Sobre este doble venero de tradición y modernidad se levantan la heterodoxia, la grandeza, la excelencia y el misterio de la pintura de Barjola”.

Estas posibles afinidades no empujan su obra y su originalidad sino que confirman su incuestionable modernidad. Implacable e intensa la pintura de Barjola, creada en una tormentosa espiral interior pero enlazada con ráfagas muy hondas y lejanas que se enraízan en el Bosco, Velázquez, el Greco, Picasso y recibe cierto lejano aire de la pintura europea de su tiempo, pero siempre idéntica a sí misma con el sello intransferible de lo vigorosamente personal que se impone por su propia potencia expresiva.

De todas formas el propio Barjola matizará su expresionismo: “Mi obra encierra dos vertientes de que han sido la constante desde hace tiempo. Por una parte la expresión social y por otra la simbólica y una cierta carga surrealista, siempre dentro de la misma problemática, pero en la línea más incisiva, más rota y más neta, sin sombras que envuelvan los objetos ni los volúmenes modelados...”.

Y creará que el elemento ético es también el un signo diferencial: “Me interesa mucho lo pictórico pero creo que el hombre, el artista debe tener ética que en este caso es amor a la verdad [...] yo creo que todo artista que esté condicionado por la creación de este tipo de obra de debe hacerlo no sé si como moralista –quizá esto es demasiado- pero al menos sí como ética”.

Y sobre todo quiso dejar clara su filiación goyesca: “Mi modelo de pintor es Goya. En lo social fue para mí el gran pintor. El genio, el genio es Goya. [...] Contra Goya no se puede hacer nada. Expresionismo y surrealismo, ironía, muerte, alegría todo está en Goya...”

Más tarde en 2002 declararía a Fernando Samaniego: “Soy hijo de la España profunda y los cromosomas no se cambian”.

Esta exposición fue pensada, a propuesta de IberCaja-Zaragoza, en el año 2002, en vida del propio Barjola. El empeoramiento de la salud de su esposa, y otros compromisos previamente adquiridos por el pintor, fueron retrasando el proyecto. De nuevo en 2007, ya fallecido el maestro, IberCaja retomó el tema y con la ayuda de José Antonio Galea y otros coleccionistas admiradores de su obra, aquí estamos.



Los cuarenta y un óleos, las siete aguadas y los diez dibujos nos acercarán, de alguna manera, a ese “mundo barjoliano”.

El mismo en la Exposición Antológica que organizó en 1987 el Museo Español de Arte Contemporáneo comisariada por María José Salazar y con estudio de Miguel Logroño, expuso su quehacer en diversos apartados: Tauromaquias, escenas de guerra, perros, suburbios, crucifixiones, erotismo, magistrados, cráneos de toro y retratos apócrifos. Esos son sus temas, su mundo.

Obras con esos temas se encuentran en la Sala de Exposiciones de Ibercaja, Zaragoza.

Tauromaquias

Pobladas de animales y hombres que luchan entre sí en una mezcla incesante de líneas curvas y que reflejan la misma soledad que otras figuras solitarias. Julián Gallego ha escrito: “Las Tauromaquias de Barjola, en el fondo, son una especie de ballet, de ballet agresivo, una especie de juego, de “de jeu sacre”, pero entre la bestia y el hombre, con una especie de igualdad de posibilidades, en el que todo lo dramático, todo lo sangriento, incluso el color de la sangre se confunde o armoniza con el color de los capotes y los trajes de luces”.

Barjola se sirvió de las “Tauromaquias”, del mundo taurino para revelarnos un mundo degradado, oscuro, sin coherencia. El toreo es danza y combate al tiempo, agitación febril y vehemencia afectiva. Metáfora de la lucha por sobrevivir y la violencia por emerger ileso. Picadores derrumbados en la brutalidad de los cuernos y las pezuñas, picadores que azuzan para derribar. El toro ciego hace gala de su fuerza. El caballo parece un grito humillado por el estertor del miedo. “Cabezas de toros dramáticos por su misterio”, como se ha escrito.

Fue un tema redundante de su obra, pero siempre mostrándonos aspectos nuevos, aspectos plásticos diferentes sin que el alegre color y la luz que inunda cada escena consiga apartarnos de las terribles figuras, por veraces, que pueblan cada cuadro, sean toros, toreros, picadores, caballos, monosabios. Cada imagen posee fuerza y entidad propia. Siempre dentro del concepto estético del pintor nos ofrece nuevas perspectivas y



Tauromaquia y destino. Las heridas quemaban como soles, 1980

posibilidades. En todas sus “Tauromaquias” hay que destacar su estilo lleno de equilibrio, armonía y la concepción de los espacios.

María Escribano así lo ha visto: “El pintor transmite magistralmente ese momento de gran tensión, a través de un vertiginoso entrelazamiento de formas corporales entre las que destacan en muchas ocasiones esas patéticas cabezas del caballo y el toro, individualizadas, humanizadas, como involuntarios enemigos, unidos por un destino incontrolable y fundidas en un desesperado abrazo...”

Barjola declaró a Ángeles García: “Fue muy difícil pintarlas [Tauromaquias], porque tanto Goya como Picasso habían hecho lo máximo que se puede hacer en este tema, pero me atreví y ahí está”. Contemplando las “Tauromaquias” otro tema de honda tradición pictórica, son los Mataderos, reses en canal, cabezas descarnadas, tragedia del animal sacrificado.

Fernando Francés ha escrito. “En esas cabezas, hay un recuerdo de la vida y la muerte, de la supervivencia y el destino, del suceso que no se ha vivido pero que la propia cabeza evidencia. Ese misterio hace verdaderamente especial la mirada de Barjola y la convierte, posiblemente, en la más especial, contundente y radical del arte español después del Guernica. Sólo sería en este sentido comparable a la lograda por Saura o quizá, actualmente, por la pasión y la violencia a la de Barceló”

Cráneos, sobre mesas de matadero, de animales degollados, que tanta inquietud y tensión nos crean, y que recogen la tradición de las “naturalezas muertas” de los bodegones de “cocina” del siglo XVII o el bodegón de Goya que exhibe el Louvre o las Tres cabezas de cordero que pintó Picasso, o las “naturalezas muertas” de Solana o los cráneos que en sus bodegones nos ha dejado Luíís Fernández.

Perros

Fue un tema favorito de su mundo. Con frecuencia Barjola evocaba los perros de su pueblo que poblaron su infancia. Julia Barroso ha escrito: “Los Perros –en Barjola- poseen una crudeza inmensa, son reflejo del sufrimiento y el horror, en la estética de los perros callejeros y amenazantes como imagen de la miseria humana...”.

Algunos críticos a algunos de esos canes que pueblan sus lienzos han querido la propia imagen del pintor que observa y es testigo de la acción. Perros entristecidos que cruzan sus cuadros camino donde nadie sabe y que nos inspiran ternura.

Otros perros se nos muestran abandonados, martirizados, convertidos en carroñeros,



ladrones. Perros vagabundos, con rostros casi humanos, perros husmeando no sabemos qué. Unas veces silentes o aullentes, desamparados como los que andurrean por los suburbios, sin amor, sin cobijo, callejeros, apaleados por la historia. Perros rabicortos, hambrientos, feroces. Perro vagabundo o atado, en el campo libre o en perreras, pero que siempre se tiene que valer por sí mismo o depender de la crueldad de sus dueños.

A Fernando Samaniego declaraba: “De pequeño dibujaba perros, el perro es un animal maravilloso que sufre mucho en la soledad. La mirada de un perro cuando está enfermo, una mirada triste, y es una autentica realidad”. Antes había escrito unas confidencias de su vida a Joaquín de la Puente: “Desde pequeño observo las cosas y las interpreto de memoria en una mezcla de fantasía y realidad. De esta simbiosis sale una especie de surrealismo expresionista, naturalmente, ingenuo. Generalmente lo que más me atraía era dibujar los perros tal vez por ser los animales más humanizados”.

Mundo femenino

Erotismo. Prostíbulos. Camerinos. Mujeres que se miran al espejo. Maternidades. El ámbito de la mujer queda reflejado en varias facetas. Para comprender la amplia temática tratada por Barjola he de remitir a las observaciones realizadas por Joaquín de la Puente en su libro sobre Barjola. “Barjola ni es misógino, ni padece frustración alguna. Barjola es solamente testigo” (pág.66).

Erotismo. Ese mundo se nos presenta con una tonalidad ambiental, amarga, desoladora. Sus desnudos están llenos de fatiga, de frustración, de deliberada deformidad y de agresiva fealdad. En gran parte de su obra esos desnudos se muestran solos como el espíritu que precisamente envuelven. El propósito de Barjola es denunciar la misma condición del espíritu a través de la miseria de la carne. La mujer objeto queda especialmente al descubierto, en una pintura de descarada sinceridad. El amor es su versión más inquietante –la lujuria- es el contrapunto de un deseo que se desborda. Son hembras oprimidas y a veces nos parece que el erotismo emerge con su ceremonial de violencia. El amor reviste las crudas formas del comercio venal. Mujeres de melena larga negra o coloreada, de tez rosa y cruda, anatomías que combinan la morbosidad y el hueso, la coquetería, la ternura y la incipiente deformación, aplicada como canon a unos seres que a la vez nos convulsionan y nos atraen.



Mujer ante el espejo, 1994

Los prostíbulos albergan esas mujeres en prendas interiores, encima de extraños e incómodos muebles, con una de las piernas calzando una media negra de encaje. Mujeres gordas, encorsetadas, con sus viejos corsés a los que saltan las cintas. Pupilas de burdel que parecen estar realizando las cuentas de sus ganancias, a la espera de un nuevo cliente.

Barjola pretende hacernos ver que aún quedan en el mundo que nos rodea, con el que convivimos cada día, a diario, zonas sin descubrir, espacios en los que se ha ensoñareado la tristeza, dolor profundo en el que quizá no ahondamos demasiado.

A Pedro Pablo Alonso declaró: “Cuando aparecen las mujeres que yo llamo de camerino, de burdel, eso es un drama...”. Los burdeles rasgo de nuestra sociedad, la destrucción indiscriminada, los deseos insatisfechos.

Mujeres que se miran en el espejo. El espejo, otro de los iconos frecuentes en la obra de Barjola. Espejos misteriosos y profundos que el maestro repite obsesivamente en muchos de sus lienzos. Espejos que sirven para encontrarse a sí mismo, para saber buscar en el fondo de sí mismo. La mujer es así como la ve la sociedad que la pervierte, el deseo que la acribilla, la hostilidad –al mismo tiempo- que la hostiga. El espejo nos remite a cierto surrealismo. Es ante el espejo cuando el hombre descubre la fealdad de su rostro. Nos pone ante la evidencia y el medio de vernos a nosotros mismos.

Ante este tipo de pintura, perros y mujeres que miran y se miran en los espejos, el pintor declaró: “Es una vuelta al surrealismo. Una búsqueda del tiempo perdido.”

Las maternidades no son ajenas al interés de Barjola. En ellos la piedad y la ternura se potencian en una fuerte emoción en la que palpitan el dolor y la angustia. Numerosas y sentidas. Fue otra constante de su mundo, desde sus primeros dibujos hasta los óleos más recientes, o plasmadas en aguadas de sublima calidad.

Retratos apócrifos

No los pintó con afán sádico del que quiere amargar nuestra vista. Personajes ausentes y anémicos. Figuras absolutamente anónimas pues le faltan sus ingredientes anatómicos. Este “vacuum” fisonómico crea una cierta atracción enigmática, con todo lo que es indefinible o a penas definible. En caras y cabelleras, el pincel matiza monstruosidades y fetichismos ancestrales. Cabezas de pelo quebradizo y anémico, la cara se reduce a una enorme mueca, donde el rostro se licua. “Retratos apócrifos” que reflejan una realidad evanescente.

Estos rostros nos hablan de seres desesperados, de la desazón, de la sordidez que rodea la

vida. Sus expresiones nos hablan de su insatisfacción. Criaturas de cuya miserabilidad física y moral el otro (¿) es responsable.

Otro tipo de retrato lo cultivó desde sus primeros años. Se conservan los primeros dibujos en los que demostraba ya su garra dibujística y su intuición. Su padre, su madre, su mujer cosiendo –también retrato–, etc. Más tarde dedicó varios a su hijo y está éste que ha sido titulado: Mamá. Es de 1985 y retrata a la esposa del pintor, la asturiana D.^a Honesta Fernández, casados en 1946, de la que tuvo a su hijo José Antonio. Esposa que le ayudo a sobrevivir. Juntos pasaron “muchos años de desamparo y de privaciones inmensas”, por la pintura que hacía y por su temperamento solitario. Cuando traté con Barjola era continua la ocupación y preocupación por la enfermedad de su mujer, siempre atento a su bienestar. Con tres tonos y el contraste del negro hace que el retrato salga de dentro afuera para que el espectador lo vea de fuera adentro. No ha hecho concesiones a lo fácil y llamativo. Retrato de severa entonación por un concienzudo dibujo. Reducción de medios, buscando la expresividad. El expresionismo del retrato –y el realismo del rostro– se apoya fuertemente en el dibujo, y en la concepción firme y cerrada. D.^a Honesta transmite sencillez, serenidad, tranquilidad y simpatía, esbozando una leve sonrisa de esperanza.



Mujer sentada, 1991

Denuncia social

La violencia es un viento que atraviesa la pintura de Barjola dejándonos la misma perplejidad que si en realidad hubiéramos sido víctimas o espectadores directos de su poder o de su injusticia. El sentido de lo inexplicable que presiden los recuerdos de los que presencian un hecho violento inundan estas pinturas en las que las imágenes nos golpean fuertemente.

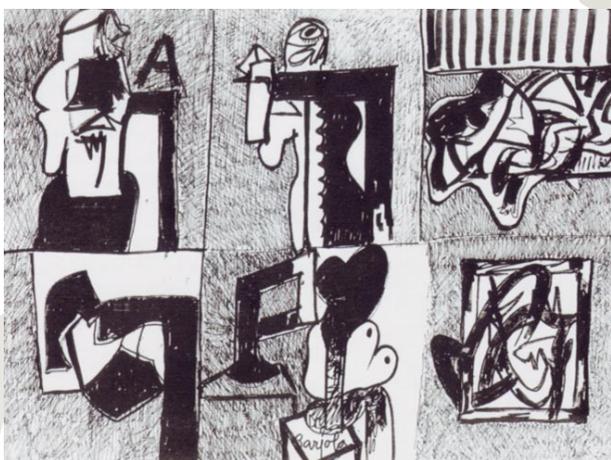
Crucifixiones

Las “crucifixiones” realizadas por Barjola, con raíces en las románicas de los siglos XII-XIII, contienen el eco lejano de la terrible figura del Cristo Crucificado que Mateo Grünewald pintó para el retablo de Isenheim.

Luminosas y desgarradas, de expresión apasionada, Barjola conjugó la herencia citada con los principios del expresionismo absoluto. El cuerpo de Cristo que se retuerce en la cruz nos muestra el sin sentido de la crueldad, sin que la riqueza del trazo con el que trató el tema y la preocupación por la composición quiten fuerza al dramatismo de la escena.

Aguadas y dibujos

La misma técnica se refleja en las siete aguadas a tinta china y los diez dibujos, a lápiz, a tinta sepia, a bolígrafo que completan la visión que hemos pretendido dar al mundo pictórico de Barjola.



Composiciones, 1998

Las aguadas de gran tamaño son en realidad cuadros. No son sólo estudios para otra obra concebida o para el soporte de una obra definitiva. Son creaciones con toda la fuerza de sus obras al óleo, con toda la efectividad y expresividad plástica de sus lienzos y esto no sólo por su dimensión, ni por la reiteración de sus peculiares y tremendos temas. No, no son una versión monocroma de los temas concebidos para el color. Barjola en estas aguadas, seleccionadas, imparte blancos y negros y con ellos los grises en una técnica simplicísima: tinta, agua y papel blanco. La economía de medios redonda

en una mayor eficacia estilística. Al no intervenir el color, los efectos cromáticos, la mancha y la línea manifiestan toda su morfología sumaria y estricta. Dibujo limpio e impecable como el filo de una navaja. Rigor que mide el gesto y los contornos y su distribución en el espacio geométrico con precisión insuperable.

La línea nace pura, zigzaguea relampagueante, penetra el alma de las cosas, roza el expresionismo descarado, se adentra en un trasmundo surreal, abstrae y fija el contenido: comedia o drama.

Insistimos: la pintura de Barjola parte de una base segura: el dibujo realmente excepcional. Su sentido de la composición se lo ha proporcionado la práctica de las técnicas tradicionales. Era para él una forma de autodescubrimiento y posibilidades de pintar.

Todo queda reducido al blanco y negro con el contrapunto de los grises. Son medias tintas planas, fondos sordos. Barjola cuando dibuja está revelando al pintor que es. Decía Carlos



Jiménez: “Mi aportación en el terreno artístico creo que ha sido lograr una estética personal, algo que me ha costado miles de dibujos...”. El cuadro nace del relámpago súbito del dibujo porque ahí está su génesis más pura. Podríamos recoger un florilegio de declaraciones del pintor sobre el dibujo. A Carlos Muñiz le declaraba: “El dibujo es el esqueleto de la expresión, el principio de la creación sobre todo para los pintores que componen” y más adelante: “El dibujo es el promotor de toda su obra [de Picasso] [...] me refiero al dibujo de pintor en cualquier nivel expresivo porque el dibujo lo da todo”.

“Líneas, planos, manchas sintéticamente administradas componen una espléndida noción de espacios y ritmos que es el representar pictórico”. Y añade con respecto a la técnica de la aguada: “Todo exige un proceso muy rápido, muy gestual, porque ello es lo que requiere la tinta china. Pero pienso que estas formas están movilizadas por un concepto de pintor. Si analizas los dibujos, su esquema se concreta en líneas, grafismos y manchas. Unas veces predomina el grafismo, otras hay una mayor sincronización con la línea y con la mancha. Pero siempre se da un sentimiento de pintar. Hay que prestar más atención a este medio porque el dibujo es la génesis del cuadro, de la composición pictórica”.

Y a J.M. Plaza le confirma su fe en el dibujo: “El dibujo es el esqueleto de la pintura, considero que la génesis de la obra está en la cuartilla, en ese primer trazo, porque esa es la auténtica creación...”

La obra de Barjola se completa con su obra gráfica, sus grabados, litografías y serigrafías superan el centenar y me ha cabido la fortuna de comisariar, junto a Ana Gil, una exposición monográfica que, prácticamente, recogió todas sus realizaciones en este arte.

La belleza de las estampas y su sugerente encuentro con la literatura de Rafael Alberti, José Hierro y Antonio Gamoneda hacen que su obra se enriquezca con la palabra a la que ilumina.

Al comenzar, desde muy temprano, a crear su obra gráfica sí que debió de conocer lo que James Ensor escribió en 1886: “Los materiales pictóricos me preocupan. Temo la fragilidad de la pintura, expuesta al crimen de la restauración, la calumnia de las reproducciones. Quiero sobrevivir, poder hablar a la gente del futuro por mucho tiempo. Pienso en sólidas chapas de cobre, en tintas perdurables, de fácil producción, en impresiones fieles, y estoy adaptando el grabado como una forma de expresión”.

Puede gustar o no la obra de Barjola pero nadie podrá negarle, en justicia, sus extraordinarias notas plásticas, o escamotearle, con cierta mezquindad, el lugar que ocupa en el discurso del arte español. Se abrió a los grandes temas de la sociedad, principalmente la violencia, el erotismo y el abandono del hombre por el hombre, para el que su semejante ya no es un lobo sino algo más terrible: un olvido. Barjola nos ha colocado –porque é antes lo ha interiorizado- como viven y se desviven las gentes de este mundo a las que ignoramos. La privilegiada retina del pintor nos proporcionó un mundo lindante entre el aquelarre y la

pesadilla. En un capítulo de este Catálogo se especifican las etapas de evolutivas en su obra, sus rasgos diferenciales, mas su lenguaje y su temática se han mantenido fieles a unas coordenadas básicas que han definido su trabajo.

No puedo sustraerme a reproducir la opinión que la obra del pintor despertó en reconocidos estudiosos:

“Barjola es de hoy y de ayer. Por eso ya tiene conquistado un puesto señero en la mañana. Cuantos amaneceres hayan de venir aplaudirán en Barjola la alteza de su pintar y, asimismo, quién si sabe tanto más todavía, admirarán como supo sufrir con la doliente hombría cuyo reino no es de este mundo, de este zoo y de estas carnicerías, tan reales tanto en la cruenta guerra como en la que llaman paz. Porque -así lo escribió Unamuno- “matar no es malo por el daño que recibe el muerto o sus deudos o parientes, sino por la perversión que al espíritu del matador lleva al sentimiento que le impulsa a dar a otro muerte. Porque, así lo denuncia Barjola, lo malo es el cadáver viviente del asesino, gorgona que corrompe con su aliento allí por donde merodea su obstinado suicidio” (Joaquín de la Puente).

“La pintura de Barjola, como siempre y cada vez más, nos inmoviliza en el extremo de la percepción alucinatoria, en el límite donde son discernibles lo bello y lo terrible” (Antonio Gamoneda).

“Obra densa, dramática y comprometida. Densa por ir contra lo superficial, dramática por su honda tradición de pintura ibérica, y comprometida en la ética de su mensaje (Lydia Santamarina)

“El mundo neofigurativo de Barjola es un mundo inquieto, insatisfecho, carente, que, con sangre en la boca, esta clamando por su plenitud en un más allá que calme sus doloridas menesterosidades. Así, muy a contracorriente de los conceptos conocidos, también existe en Barjola la denuncia forzada de una necesaria y trascendente religiosidad que se traduciría en impotencia, en sobrecogedor despojo de noche oscura.

Por último, el hombre, de nuevo, nos viene a dar la clave de un arte. Replegado, humilde, serio y secamente vero e insobornable, metido en su concha de rica espiritualidad, Barjola asume esos quilates de vida interior y esa extrema inapariencia del extremeño.

En la quietud sabrosa de su estudio –taller, como el llama- mundo y despejado, enclavado en el popular barrio de Carabanchel, al Norte y en alto, como atalaya, ve cada día las cúpulas y espadañas del barrio de los Austrias, y más al fondo, el escenario de la sierra, y a la par, rememora constantemente, más que contempla, la dura medalla, el nervudo troquel de ese paisaje: la encina apacible, pero indomeñable, que sombreara su cuna en la Baja Extremadura.

Él es también, como ese símbolo, hombre de paz, pero inhiesto y de fuertes raíces. Su pintura es, una vez más a través del hombre, reflejo vivo de esa entidad, de alma tan propia y concentrada, a la que llamamos Extremadura”.

(Antonio Zoido)

Texto extraído del catálogo Barjola (Juan Barjola y su mundo) editado por Ibercaja en 2008.

Barjola

